



Haude Morvan, «*Sous le pas des frères*». *Les sépultures de papes de cardinaux chez les Mendicants au XIIIe siècle*, École Française de Rome, Roma, 2021. 300 páginas, 81 ilustraciones color y 36 figuras B/N. ISBN 978-2-7283-1447-8

El libro que nos ocupa es representante de una historia del arte no preocupada por estilos, talleres y fases, sino por contextos, medios y situaciones. Su origen se haya en la tesis que Haude Morvan defendió en 2013, dedicada al estudio de las tumbas papales y cardenalicias instaladas en conventos mendicantes durante el doscientos. El afianzamiento que experimentó el poder del papado y del colegio cardenalicio a partir del siglo XIII —parejo, por tanto, de la expansión de las órdenes de frailes— hacía lícita y justificable una aproximación a cómo los mendicantes habían recibido las voluntades funerarias de la curia romana, esto es, los lugares y los modos de enterramiento en las iglesias de sus conventos, tanto si los cardenales y los papas en liza procedían de las mismas órdenes mendicantes, como si no.

Como la autora explica en el primer capítulo, la tarea no era fácil dado el desconocimiento del lugar de inhumación de buena parte de los cardenales en el periodo comprendido entre 1227 y 1303, fechas de inicio y finalización de los pontificados de Gregorio IX y Bonifacio VIII. Tras valorar los datos iniciales, la documentación al respecto revelaba un total de veinte tumbas conocidas, distribuyendo a los implicados —ahora papas y cardenales— entre los once enterrados con los dominicos y los nueve de los franciscanos. Ahora, el listado había que pasarlo por el tamiz de las sepulturas conservadas, con una mayoría de tumbas perdidas entre conventos desaparecidos —como los de Lyon— o profundamente alterados —como los dominicos de Orvieto o Santa Maria sopra Minerva, en Roma. En resumidas cuentas, de la veintena de sepulturas de la curia romana conocidas en conventos de frailes durante el doscientos, siete se han conservado parcialmente y una está documentada iconográficamente. Una vez definido el corpus, Morvan nos plantea un esquema metodológico de estudio claro: el análisis documental sobre el sepulcro —lugar permanente o provisional, colección epigráfica, canonizaciones populares, liturgia vinculada...— y el examen de la topografía del enterramiento en el espacio de la iglesia conventual. Para este último subraya el diálogo entre el presbiterio a las naves, con lo que esto significaba a nivel simbólico y visual: la capilla mayor y el transepto en el espacio litúrgico destinado a los frailes y el resto de la iglesia reservada a los laicos. Elegir uno u otro ámbito para ser enterrado implicaba claras voluntades y objetivos.

Con esta aproximación y declaración de intenciones integrando el primer capítulo, el resto del volumen se articula en tres grandes apartados dedicados a la normativa jurídica producida por dominicos y franciscanos sobre enterramientos en sus iglesias, al poliédrico significado de una tumba en el espacio eclesial de los frailes y a lo que representó al santidad en el contexto sepulcral de predicadores y hermanos menores. El apartado sobre normativa constituye un completo panorama sobre la documentación legislativa que da comienzo con un necesario estado de la cuestión, continuando con un apartado sobre el derecho de sepultura —y lo que significó para órdenes que iban a hacer clara competencia en potestades al clero parroquial— y continua con un muy destacable subapartado sobre legislación interna de ambas órdenes: desde las a veces contradictorias actas capitulares, hasta la interpretación documental de las propias sepulturas, en tanto que mejor exponente de las discordancias entre lo legislado y lo finalmente llevado a término. En este sentido, resulta muy interesante la reflexión sobre la prohibición de las *superfluitates* y *curiositates* que la normativa de dominicos y franciscanos aplica no sólo a sepulcros, también a retablos, decoración de altares, iglesias, claustros o libros. Como ocurrió entre los cistercienses —aunque en un arco cronológico más amplio—, la voluntad de legisladores y la realidad material no siempre fueron de la mano.

El siguiente capítulo, Morvan hace un análisis de la generación de los sepulcros del corpus desde dos perspectivas bien diferentes. La más importante es la que se ocupa de las laudas sepulcrales, las que materializan ese «bajo el paso de los hermanos» que subraya el título de libro y que hace referencia a la elección de un destino para el enterramiento bajo un signo penitencial. Se trataba de adoptar una sepultura llana, en un lugar de paso: la puerta entre la iglesia y el claustro, hollada diariamente en la senda de las procesiones, la comunicación entre la sacristía y el altar —que el celebrante cruza realizando sus oraciones preparatorias antes de la celebración—, el acceso a la sala capitular que reúne a la comunidad, la entrada al coro por la que salen y entran las procesiones más solemnes y ante la que se agolpaban los fieles; incluso, bajo el púlpito donde se predicaba. La elección de la sepultura baja, en una lauda de piedra o bronce y sin bulto fúnebre, sólo epigrafiada y en ocasiones con la efigie de un yacente figurada sobre su superficie, era una actitud de enmienda *post-mortem* nada extraña entre mandas testamentarias de toda la Baja Edad Media. El tema adquiere una especial relevancia para el estrato social de análisis, papas y cardenales, es decir, la más alta jerarquía eclesiástica y, por lo tanto, aparentemente alejada de este tipo de austeras premisas funerarias. Pero como bien argumenta la autora, la humildad que presupone este tipo de enterramiento es cuestionable, cuando la topografía

sagrada del lugar manda. Efectivamente, «humildad» se transforma en un vocablo polisémico según y dónde se use cuando se habla del lugar de enterramiento en una iglesia.

La segunda perspectiva de estudio de los enterramientos se centra en dos sepulcros de bulto, los de los cardenales Latino Malabranca († 1294) y Hugues Aycelin († 1297), situados en Santa Maria sopra Minerva y los dominicos de Clermont, respectivamente. Ambos casos se convierten en paradigma de análisis de las sepulturas trasladadas por razones diversas, incluso entre ciudades distintas —es el caso de la voluntad y efectivo sepulcro del cardenal Aycelinù, un fenómeno problemático, pero no por ello poco habitual en el corpus de tumbas cardenales y papales. Un último apartado del capítulo se dedica a la documentación e iconografía de la *cura defunctorum* en los sepulcros del catálogo. Un tipo de imagen de celebración litúrgica de especial relevancia en la escultura funeraria de entre los siglos XIII y XIV.

El volumen concluye con el estudio de las tumbas de papas y cardenales que gozaron de *fama sanctitatis* y de lo que el fenómeno significó para ambas órdenes, desde la inicial reticencia a su posterior promoción. Valorando negativamente la posibilidad de un sepulcro modelo de santo, la autora analiza aquellos que gozaron de canonización popular, como el de Clemente IV en Viterbo, que pudo alterar y condicionar la topografía de la iglesia de Santa Maria in Gradi en la que se halló. En este apartado, cobra especial importancia la escenografía sepulcral que se organizó alrededor del cenotafio del papa Benito XI en San Domenico Vecchio de Perusa, trasladado en el siglo XVIII a la iglesia de Santo Stefano de la misma ciudad. El papa recibió culto junto a dos frailes, cuyos restos fueron finalmente unidos en un arca relicario custodiada en Santo Stefano. Aun así, el sepulcro de Santo Domenico siguió gozando de la devoción popular, siendo perfectamente visible desde la porción de la iglesia dedicada a los laicos. El proceso alrededor del sepulcro y su entorno funerario inmediato no deja de ser modélico sobre el importante papel del que llegó a gozar un gran monumento sepulcral con culto. Dos casos más cierran el capítulo dedicado a los cuerpos santos, el de los cardenales Otón de Tonengo y Guillermo de Sabina enterrados en los predicadores de Lyon —ambos marcados por su canonización literaria, a través de las crónicas— y el de san Buenaventura, en los franciscanos también de Lyon. Buenaventura de Bagno-regio, general de la Orden, fue cuestionado ya en el siglo XIV por las facciones más rigoristas del franciscanismo, mientras desde el convento de Lyon se promocionó su santidad en fechas previas a su definitiva canonización en el siglo XV. Aun así, llama la atención que el primer sepulcro del teólogo se ubicara en la sacristía de la iglesia conventual, lugar por otra parte habitual para inhumaciones transitorias,

como las que comentábamos, habida cuenta de que los franciscanos de Lyon ya proyectaban una nueva iglesia que no se finalizó hasta el siglo XIV. Buenaventura se encontraría entonces a medio camino entre la reivindicación de su santidad por la comunidad lionesa y, por otro, por el cuestionamiento de su figura que pudo haber condicionado que finalmente no se le dedicara el sepulcro monumental que con seguridad se planteaba en la nueva iglesia.

En resumidas cuentas, metodológicamente hablando, el libro de Haude Morvan es impecable. Trabaja las fuentes escritas de todo tipo —desde crónicas generales a documentación particular— e iconográficas, entre las que cabe destacar la justa importancia con la que trata a la colección de dibujos y grabados históricos en los que fueron representados los sepulcros, tanto conservados como desaparecidos. Además, el estudio tiene la virtud de tratarse de una importante herramienta de consulta en todo lo referente a la legislación de ambas órdenes en materia funeraria y sepulcral, por encima de la limitación de tema. En este sentido, la relación entre los papas y cardenales del siglo XIII con las órdenes mendicantes se revela como un fenómeno de una complejidad extrema, aquí admirablemente trabajado.

Eduardo Carrero Santamaría
Universitat Autònoma de Barcelona
Eduardo.Carrero@uab.cat
<https://orcid.org/0000-0002-4040-1525>